

llegar á ser uno de los hombres más virtuosos y, después de Sócrates, el más sabio y el más santo de los moralistas de la antigüedad. Sus *Pensamientos* nos muestran en acción esa educación de sí mismo que en nuestra época ha sugerido á Channing tan hermosas reflexiones.

Conclusión. — Fuerza es confesar, en resumen, que la literatura latina es pobre en materia de educación. Algunas frases diseminadas aquí y allá en los autores clásicos, demuestran, sin embargo, que no permanecían completamente extraños á las cuestiones pedagógicas.

Horacio profesaba la libertad de espíritu y declara que él no se sujeta á « jurar sobre las palabras de ningún maestro (1). » Por otra parte, Juvenal definió el ideal del objeto de la vida y de la educación, cuando dijo que era preciso desear sobre todas las cosas « un alma sana en cuerpo sano (2). » En fin Plinio el joven, en tres palabras, *multum, non multa*, « á fondo y no muchas cosas », fija un punto esencial del método pedagógico y recomienda que se prefiera el estudio profundo de una sola ciencia al estudio superficial que se extiende á demasiados asuntos.

Pero á la vez que por su gusto, por la justicia de su pensamiento y por la perfección de su estilo, merecen los escritores latinos ser colocados al lado de los griegos, como maestros de la educación literaria, también debemos considerarlos como los guías siempre respetables de la educación moral. Tanto en Roma como en Atenas, lo que constituye el fondo de la enseñanza es la adquisición de la virtud; lo que preocupa tanto á Cicerón como á Platón, á Séneca como á Aristóteles, no sólo es la extensión de los conocimientos y el desarrollo de la instrucción, sino el adelanto de las costumbres y el perfeccionamiento moral del hombre.

(1) « *Nullius addictus jurare in verba magistri.* »

(2) « *Orandum est ut sit mens sana in corpore sano.* » Juvenal, sátira X.

LECCIÓN IV

LOS PRIMEROS CRISTIANOS Y LA EDAD MEDIA

Nuevo espíritu del cristianismo. — Pobreza pedagógica de las primeras edades cristianas. — Los Padres de la Iglesia. — San Jerónimo y la educación de los jóvenes. — Ascetismo físico. — Ascetismo intelectual y moral. — Verdades perdurables. — Debilidad intelectual de la Edad Media. — Causas de la ignorancia en la Edad Media. — Los tres Renacimientos. — Carlomagno. — Alcuin. — Sucesores de Carlomagno. — La escolástica. — Abelardo. — Las siete artes liberales. — Métodos y disciplina. — Las Universidades. — Gerson. — Victoriano de Feltre. — Otros pedagogos de los últimos años de la Edad Media. — Resumen.

Nuevo espíritu del cristianismo. — Por sus dogmas, por la idea de la igualdad de todas las criaturas humanas y por su espíritu de caridad, el cristianismo introducía nuevos elementos en la conciencia y parecía llamado á comunicar poderoso impulso á la educación moral de los hombres. La doctrina de Cristo era, desde luego, una reacción del libre arbitrio, de la dignidad individual contra el despotismo del Estado. « En lo de adelante, toda la mitad del hombre quedaba fuera de la acción del Estado. El cristianismo enseñaba que el hombre sólo pertenecía á la sociedad por una parte de sí mismo; que estaba sujeto á ella por su cuerpo y por sus intereses materiales; que como súbdito de un tirano debía someterse y como ciudadano de una república debía dar su vida por ella; pero que tratándose de su alma, era libre y no estaba sujeto sino á Dios (1). » Desde entonces ya no se procuraba tan sólo formar ciudadanos para el servicio de un Estado, y hacía su aparición en el mundo la idea de un desarrollo desinteresado de la persona.

(1) Fustel de Coulanges, *la Cité antique*, pág. 476.

humana. Por otra parte, al proclamar que todos los hombres tenían un mismo destino y que todos eran iguales ante Dios, el cristianismo sacaba de su misérrima condición á los pobres y á los desheredados y á todos les prometía igual instrucción. La idea de igualdad se unía á la de libertad y la justicia para todos, la participación en un mismo derecho, se hallaban contenidas en germen, en la doctrina del cristianismo.

Pobreza pedagógica de las primeras edades del cristianismo. — Sin embargo, los gérmenes contenidos en la doctrina de la nueva religión no fructificaron inmediatamente, y fácil es analizar las causas de esa impotencia pedagógica de los primeros siglos del cristianismo.

La enseñanza cristiana recaía desde luego, en pueblos que no podían elevarse de repente á una alta cultura intelectual y moral. Según la célebre comparación de Jouffroy, la invasión de los bárbaros en la sociedad antigua fué como un haz de leña verde que se arrojase en las llamas de una hoguera: al principio no podía salir más que mucho humo.

Hay que tener en cuenta, además, el hecho de que para establecer su fé, los primeros cristianos tuvieron que luchar con dificultades que á cada momento renacían. Los primeros siglos fueron un período de combate, de conquista y de organización que no dejó sino muy escaso lugar para las desinteresadas preocupaciones de la pedagogía. En sus esfuerzos contra el mundo antiguo, los cristianos primitivos llegaron hasta confundir en un mismo odio, las letras clásicas y la religión pagana. ¿Podían quizás recoger con simpatía la herencia literaria y científica de una sociedad cuyas creencias destruían?

Por otra parte, la condición social de los primeros hombres que se adhirieron á la nueva religión, los alejaba de los estudios que son la preparación de la vida. Obligados á esconderse, á huir á los desiertos, verdaderos parias del mundo pagano, vivían con la vida contemplativa y se sentían naturalmente encaminados á concebir como ideal de la educación, la existencia ascética y monacal.

Agreguemos también que por sus tendencias mis-

ticas, el cristianismo no podía ser, en sus comienzos, una buena escuela de pedagogía práctica y humana. No se apartaba al cristiano de la ciudad humana sino para hacerle entrar en la ciudad de Dios. Era preciso romper con un mundo corrompido y perverso, y contrarrestar por las privaciones y por el renunciamento de todo goce, la inmoralidad de la sociedad grecoromana. El hombre debía aspirar á imitar á Dios, y Dios es la santidad absoluta, la negación de todas las condiciones de la vida terrestre, la perfección suprema. La misma desproporción entre semejante ideal y la debilidad humana, tenía que extraviar á los primeros cristianos en una vida mística que no era más que la preparación para la muerte. Además, la consecuencia de esas doctrinas era la de hacer á la Iglesia dueña exclusiva de la educación y de la instrucción. La iniciativa individual, por un lado tan solicitada por las doctrinas fundamentales del cristianismo, era por el otro, sofocada bajo la dominación eclesiástica.

Los Padres de la Iglesia. — Los célebres doctores que por su erudición y su elocuencia, si no por su gusto, ilustraron los albores del cristianismo, fueron, los unos, místicos celosos, sectarios para quienes era un pecado la curiosidad filosófica y una herejía el amor á las letras, y los otros, cristianos conciliadores que adunaban hasta cierto límite, el culto de las letras con la fé religiosa.

Tertuliano rechazaba toda pedagogía pagana y en la cultura clásica no veía más que un robo que se le hacía á Dios, y el encaminamiento á la falsa y arrogante sabiduría de los filósofos antiguos. El mismo San Agustín que cuando joven, no podía leer el cuarto libro de la *Eneida* sin derramar lágrimas; que había estado enamorado de la poesía y de la elocuencia antiguas, después de su conversión renegó tanto de sus aficiones literarias como de sus locas pasiones de joven, y por inspiraciones suyas, el concilio de Cartago prohibió á los obispos la lectura de los autores del paganismo.

Otra era la tendencia de San Basilio que pide, por el contrario, que el joven cristiano frecuente los oradores, los poetas, los historiadores de la antigüe-

dad; que cree que los poemas de Homero inspiran el amor á la virtud y que quiere, por último, que se recurra á los tesoros de la antigua sabiduría para formar el alma de los jóvenes (1). Otro era también el pensamiento de San Jerónimo, que decía que él no quería dejar de ser ciceroniano al convertirse en cristiano.

San Jerónimo y la educación de las jóvenes.

— Las cartas de San Jerónimo sobre la educación de las jóvenes son el documento pedagógico más precioso de los primeros siglos del cristianismo (2). Han despertado admiraciones profundas: Erasmo las sabía de memoria y Santa Teresa leía un pasaje todos los días. Hoy es imposible, sin dejar de admirar ciertos detalles, el no condenar el espíritu general que las dictó: espíritu exiguo y desconfiado tratándose del mundo, que lleva el sentimiento religioso hasta el misticismo y el desprecio á las cosas humanas hasta el ascetismo.

Ascetismo físico. — Ya no se trata de dar fuerzas al cuerpo y de convertirlo, como querían los griegos, en robusto instrumento de un alma hermosa. El cuerpo es un enemigo que hay que debilitar por el ayuno, por la abstinencia y por las mortificaciones de la carne:

« Que Paula no coma en público, es decir que no concurra á los festines que se hacen en familia, por temor á que no desee los manjares que en ellos se sirvan. Que se acostumbre á no beber vino, porque es la fuente de todas las impurezas... Que se alimente con legumbres y muy pocas veces con pescado, y que coma de tal modo que tenga siempre hambre. »

El menosprecio del cuerpo llegaba al extremo de que casi estaban prohibidos los cuidados de la limpieza.

« Por mi parte, prohibo completamente el baño á una joven. »

(1) Véase la homilía de San Basilio *De la utilidad que pueden obtener los jóvenes de la lectura de los autores profanos.*

(2) *Carta á Lacta sobre la educación de su hija Paula* (403). *Carta á Gaudencio sobre la educación de la niña Paatula.* La carta á Gaudencio es muy inferior á la otra por las continuas digresiones á que se entrega el autor.

Cierto es que asustado él mismo de regimen tan austero, San Jerónimo autoriza, por excepción, el uso de los baños, del vino y de la carne para los niños, pero « sólo cuando la necesidad lo exija y por temor á que les flaqueen los pies antes de haber andado. »

Ascetismo intelectual y moral. — Tanto para el espíritu como para el cuerpo, puede decirse de San Jerónimo lo que á una religiosa de su época escribía Nicole: « Alimentáis á vuestras discípulas con pan y agua. » La Biblia es el único libro que se recomienda, lo que es poco; pero la Biblia entera, lo que es demasiado: el *Cantar de los Cantares* con su sensualismo figurado sería una lectura bastante extraña para una joven. Las artes, así como las letras, no encuentran perdón ante el misticismo de San Jerónimo:

« Que Paula no oiga nunca instrumentos de música y que ignore para qué usos sirven la flauta y el arpa. »

La flauta, que tampoco amaban los filósofos griegos, pase; pero ¡el arpa! ¡el instrumento de David y de los ángeles! ¡pero la música religiosa!... ¡Cuán lejos estamos, con San Jerónimo, de esa vida completa, de ese armónico desarrollo de todas las facultades, que los pedagogos modernos, Herbert Spencer por ejemplo, nos presentan con justicia, como el ideal de la educación!

San Jerónimo llega hasta prohibir el paseo.

« Que en vano se busque á Paula en los caminos del siglo, — enfática perifrasis para decir *las calles* — en las asambleas y en compañía de sus prójimos; que no se la encuentre más que en el retiro. »

La vida monacal y de reclusión aun en el mundo, es el ideal de San Jerónimo; pero lo más grave y lo que constituye la ley fatal del misticismo es que San Jerónimo después de haber proscrito las letras, condena hasta los sentimientos más respetables del corazón. El corazón es también cosa humana y todo lo humano es malo ó peligroso.

« No permitáis que Paula tenga más amistad para una de sus compañeras que para las demás ; no permitáis que converse en voz baja con ella. »

Y como si temiera también los afectos de familia, el doctor de la Iglesia concluye como sigue :

« Que sea educada en un claustro donde no conozca el siglo ; en donde viva como un ángel, teniendo un cuerpo como si no lo tuviera y, para decirlo todo de una vez, en donde os descargue del cuidado de vigilarla... Si queréis mandarnos á Paula, yo me encargo de ser su maestro y su nodriza ; la estrecharé entre mis brazos ; mi ancianidad no me impedirá desatarle la lengua y seré más glorioso que el filósofo Aristóteles, puesto que instruiré, no á un rey mortal y perecedero, sino á una esposa inmortal del Rey de los cielos. »

Verdades perdurables. — Las piadosas exageraciones de San Jerónimo hacen resaltar mejor la excelencia y la justicia de algunos de sus consejos prácticos, verbigracia, sobre la enseñanza de la lectura ó sobre la necesidad del estímulo :

« Dadle á Paula letras de madera ó marfil y hacédle conocer sus nombres : se instruirá jugando. Pero no basta que sepa los nombres de esas letras y que los diga sucesivamente en el orden del alfabeto ; las mezclaréis á menudo, poniendo las últimas al principio y las primeras en medio... »

« Hacedla formar palabras ofreciéndole premios ó dándole como recompensa lo que comunmente agrada á los niños de su edad... Que tenga compañeras á fin de que los elogios que puedan recibir exciten su estímulo... No le reprochéis la dificultad que experimente en comprender ; por el contrario alentadla con alabanzas, procurando que sea tan sensible á la alegría de haber obrado bien como al dolor de no haber triunfado... Cuidad, sobre todo, de que no conciba por el estudio una aversión que podría conservar en edad más avanzada (1). »

Pobreza intelectual de la Edad media. — Si alguna simpatía manifestaron á veces los primeros doctores de la Iglesia por las letras profanas, fué porque en su juventud, antes de recibir el bautismo, habían frecuentado las escuelas paganas ; pero en cuanto se cerraron éstas, el cristianismo no abrió otras

(1) San Jerónimo, como Quintiliano, recomienda para la escritura que se adiestre primero al niño en tablas de madera en donde están grabadas las letras.

y después del siglo IV, cubrió á la humanidad profundísima noche. El trabajo de los griegos y de los romanos quedó como perdido ; ya no existía el pasado y la humanidad empezaba de nuevo. En el siglo quinto, Sidonio Apolinario declara que « los jóvenes ya no estudian, que ya los profesores no tienen alumnos y que la ciencia languidece y muere. » Más tarde, Loup de Ferrieres, favorito de Luis el Piadoso y de Carlos el Calvo, escribe que es casi nulo el estudio de las letras. En los primeros años del siglo XI, Adalberico, obispo de Laon, confiesa que « más de un obispo no sabía contar con los dedos las letras del alfabeto. » En 1291 sólo uno de los monjes del convento de San Gall sabía leer y escribir. Era tan difícil encontrar notarios públicos que los contratos tenían que celebrarse verbalmente. Los señores se jactaban de su ignorancia y aun después de los esfuerzos del siglo doce, la instrucción no fué más que un lujo para los laicos y era privilegio de los eclesiásticos que tampoco la llevaban muy adelante. Los Benedictinos confiesan que sólo se estudiaban las matemáticas para poder calcular la fecha del día pascual.

Causas de la ignorancia de la Edad media. — ¿ Cuáles fueron las causas permanentes de esa situación que se prolongó durante diez siglos ? Varias veces se ha hecho responsable de ella á la Iglesia. Indudablemente, los doctores del cristianismo no siempre profesaron viva simpatía por la cultura intelectual. San Agustín había dicho : « Los ignorantes se apoderarán del cielo (*indocti cælum rapiunt*) ; San Gregorio el Grande, Papa del siglo VI, declaraba que se avergonzaría de someter la palabra santa á las reglas de la gramática, y muchos cristianos, en fin, confundían la ignorancia con la santidad. Es innegable que por el siglo VII condensáronse más aún las tinieblas sobre la Iglesia cristiana : entraron bárbaros al episcopado y llevaron á él sus rudas costumbres. También es cierto que durante el periodo feudal el sacerdote se convirtió muchas veces en soldado y permaneció en la ignorancia ; pero sería injusto, sin embargo, instruir un proceso de tendencia contra la Iglesia de la Edad media y presentarla como sistemáticamente hostil á la

instrucción. Muy por el contrario, en medio de la barbarie general, el clero fué quien conservó alguna tradición de la cultura antigua. Las únicas escuelas de aquel tiempo fueron las episcopales y las claustrales, anexas unas á los obispados y otras á los monasterios. Las órdenes religiosas asociaron con gusto el trabajo manual y el trabajo del espíritu y desde 530 San Benito fundaba el convento del Monte-Cassin y redactaba estatutos que daban entrada, en la vida de los frailes, á la lectura y al trabajo intelectual.

En 1179 el tercer concilio de Letrán promulgaba el siguiente decreto :

« Obligada la Iglesia de Dios, como tierna y buena madre, á satisfacer las necesidades corporales y espirituales de los indigentes, y deseosa de dar á los niños pobres la facilidad de aprender á leer y de adelantar en el estudio, ordena que cada catedral tenga un maestro encargado de instruir gratuitamente á los clérigos de esa iglesia y á los colegiales pobres y que se le asigne un beneficio que bastando para su subsistencia, abra así las puertas de la escuela á la juventud estudiosa. Además, se instalará un ecólatra en las otras iglesias y en los monasterios donde antes había fondos destinados para ese objeto. »

No debe, pues, atribuirse á la Iglesia el entorpecimiento general de los espíritus en la Edad media. Otras causas explican ese largo sueño del espíritu humano, y entre ellas, la condición social del pueblo. Las poblaciones, siempre en guerra, agobiadas sucesivamente por los bárbaros, por los Normandos, por los ingleses y por las luchas incesantes del feudalismo, carecían por completo de seguridad y de tiempo, condiciones indispensables para el estudio. Los gentiles-hombres de la época no aspiraban más que á cabalgar, á cazar y á figurar en justas y torneos. La educación física, he ahí lo que convenía ante todo para hombres cuya afición favorita, era, por costumbre y por necesidad, la guerra. Por otra parte, el esclavizado pueblo no presentía la utilidad de la instrucción; para comprender la necesidad del estudio, esa gran libertadora, es preciso haber probado la libertad. En una sociedad en que aun no había nacido el sentimiento de la necesidad de instrucción ¿quién hubiera, pues, tomado la iniciativa de instruir al pueblo?

Agreguemos que la Edad media presentaba además otras condiciones desfavorables para la propaganda de la instrucción; particularmente, la ausencia de lenguas nacionales, de esos vehiculos tan necesarios para la educación. Las lenguas maternas son instrumentos de emancipación intelectual. En los pueblos en que reina una lengua muerta, accesible tan sólo para los iniciados, las clases inferiores quedan, forzosamente, sumidas en la ignorancia. Además, hasta los libros latinos eran muy escasos; Loup de Ferrières tuvo que escribir á Roma y dirigirse al Papa en persona para obtener una obra de Cicerón. Sin libros, sin escuelas, sin ninguno de los útiles indispensables para el trabajo intelectual ¿qué podía ser de la vida del pensamiento? Refugióse en algunos monasterios; la erudición no floreció más que en círculos muy reducidos, entre unos cuantos privilegiados, y el resto de la nación quedó envuelto en densa noche.

Los tres renacimientos. — Con justicia se ha dicho que hubo tres renacimientos: el primero, que tuvo por iniciador á Carlomagno y cuyo brillo fué efímero; el segundo, en el siglo XII, y el tercero, el gran renacimiento del siglo XVI, que dura todavía y que completó la Revolución.

Carlomagno. — Carlomagno tuvo, incontestablemente, el designio de difundir la instrucción en torno suyo. Buscábala ávidamente para sí mismo; se ejercitaba en la escritura y aprendía el latín y el griego, la retórica y la astronomía. Hubiera querido comunicar en cuantos lo rodeaban el mismo entusiasmo por el estudio: « ¡Ah!.. — exclamaba — ¡por qué no tengo doce clérigos tan instruidos como lo fueron Jerónimo y Agustín! » Naturalmente, contaba con el clero para convertirlo en instrumento de sus propósitos; pero, como lo prueba una de sus circulares fechadas en 788, también al clero tenía que recordársele la necesidad de la instrucción:

« Hemos creído útil que en los obispados y en los monasterios se cuide no sólo de vivir conforme á las reglas de nuestra santa religión, sino también de enseñar el conocimiento de las letras á los que sean capaces de aprenderlas con ayuda del Señor. Aunque vale más practicar la ley que conocerla, es preciso conocerla antes de practi-

carla. Por los escritos que varios monasterios nos han remitido, hemos notado que en la mayor parte de aquellos los sentimientos son buenos, pero el lenguaje malo; así es que os exhortamos á no descuidar el estudio de las letras sino á entregaros á él con la mayor energía. »

Por otra parte, los nobles no tomaban mucho empeño en justificar su jerarquía social por el grado de su saber. Un día en que Carlomagno visitaba una escuela, impacientóse al ver la pereza y la ignorancia de los jóvenes que la frecuentaban y les habló en estos enérgicos términos: « ¿ Fiáis en vuestro nacimiento y os enorgullecéis de ello? Pues sabed que no tendréis ni gobierno ni obispados si no sois más instruidos que los demás. »

Alcuin (735-804). — Carlomagno fué secundado en sus esfuerzos por el inglés Alcuin, de quien podría decirse que fué el primer ministro de instrucción pública en Francia. El fundó la *Escuela de palacio*, especie de Academia ambulante de príncipes, que seguía por todas partes á la Corte; escuela modelo en donde Alcuin tuvo por discípulos á los cuatro hijos y á las dos hijas de Carlomagno y aun á este mismo monarca, siempre ávido de instruirse.

No carecía de originalidad el método de Alcuin, pero no ha habido razón en compararlo con el de Sócrates. Alcuin procede, sin duda, por interrogaciones; pero en su método, el alumno pregunta y contesta el maestro:

« ¿ Qué cosa es la palabra? pregunta Pepino, hijo mayor de Carlomagno. Es la intérprete del alma, contesta Alcuin. — ¿ Qué es la vida? — Para algunos, una alegría; un dolor para los miserables: la antesala de la muerte. — ¿ Qué es el sueño? — La imagen de la muerte. — ¿ Qué es la escritura? — La guardiana de la historia. — ¿ Qué es el cuerpo? — La morada del alma. — ¿ Qué es el día? — La provocación al trabajo. »

Todo esto es trivial ó artificial: las respuestas sentenciosas de Alcuin pueden ser máximas bonitas y propias para adornar la memoria; pero en esa labor de letrado refinado por su época, nada hay que pueda excitar la inteligencia del alumno.

No por esto deja el nombre de Alcuin de fijar una

fecha en la historia de la pedagogía, una primera tentativa para unir las letras clásicas y la inspiración cristiana, para crear una *Altenas* cristiana, según la enfática expresión del propio Alcuin. X

Sucesores de Carlomagno. — Carlomagno había tenido la ambición de reinar más bien sobre una sociedad civilizada que sobre pueblos bárbaros. Convencido de que la unidad de las ideas y de las costumbres es la única que constituye la unidad política, creía hallar en la religión la base de esa unidad moral y aun quería fundar la misma religión en una instrucción difundida más ampliamente; pero esas ideas, ó eran demasiado elevadas para la época, ó de ejecución demasiado difícil para las circunstancias. Á la era de Carlomagno siguió una nueva decadencia. El clero no correspondió á las esperanzas que el gran emperador había cifrado en él. Desde 817 el concilio de Aix-la-Chapelle (Aquisgrán) decidió que en lo de adelante ya no se recibiría á ningún laico en las escuelas de los conventos, por la razón de que un número excesivo de alumnos hacía imposible el sostenimiento de la disciplina monacal. Ninguno de los sucesores de Carlomagno parece haberse acordado de la idea del gran emperador; ninguno se preocupó de las cuestiones escolares y esos dominadores ininteligentes quisieron fundar su poder, no en los progresos intelectuales de sus súbditos, sino en la autoridad despótica. Bajo los reinados de Luis el Piadoso y de Carlos el Calvo, se construyeron más plazas fuertes que escuelas.

Muy lejos estaban los reyes de Francia de imitar al rey anglosajón, Alfredo el Grande (871-901) á quien atribuye la tradición estas dos máximas: « Los ingleses deben ser libres siempre, tan libres como sus pensamientos. » — « Los hijos de libre condición deben saber leer y escribir. »

La escolástica. — El pensamiento humano sólo despertó en el siglo XII, edad de la *escolástica*, que tuvo por carácter esencial el estudio del razonamiento y la práctica de la dialéctica silogística. El silogismo, que deduce una consecuencia necesaria de premisas dadas, era el instrumento natural de un siglo de fé, en el que solamente se quería demostrar dogmas in-

mutables sin innovar nunca en materia de creencias. Ya se ha observado repetidas veces: el arte de razonar es la ciencia de los pueblos jóvenes, y casi diríamos, de los pueblos bárbaros. La sutil dialéctica se aduna perfectamente con las costumbres groseras aún y con la ciencia limitada: no es más que una máquina intelectual. No se pretendía entonces pensar de nuevo, y simplemente se necesitaba razonar sobre los pensamientos adquiridos, cuyo depósito sagrado conservaba la teología. Por consecuencia, no había ciencia independiente y, según la expresión de la época, la filosofía no era más que la sierva humilde de la teología. La dialéctica de los doctores de la Edad Media no fué sino el comentario sutil de los libros santos y de la doctrina de Aristóteles. Al ver la inercia de la Edad Media, dice Locke, parece que Dios se había contentado con hacer del hombre un animal de dos patas, dejando á Aristóteles el cuidado de convertirlo en un ser pensador.

Por su parte, un sabio pedagogo del siglo diecisiete, el abate Fleury, juzga en los siguientes severos términos el método escolástico:

« Esta manera de filosofar sobre las palabras y las ideas, sin examinar las cosas en sí mismas, era muy cómoda, seguramente, para prescindir del conocimiento de los hechos que sólo se adquiere con la lectura (Fleury hubiera debido agregar y con la observación), y este era un medio fácil de deslumbrar á los laicos por un lenguaje singular y por vanas sutilezas. »

La escolástica tuvo, sin embargo, su apogeo, sus doctores eruditos y sus profesores elocuentes, entre los cuales se distinguió sobre todo Abelardo.

Abelardo (1079-1142). — Verdadero profesor de enseñanza superior, Abelardo, por el prestigio de su elocuencia, agrupó á su alrededor, en París, millares de estudiantes. La palabra humana y viva del profesor tenía entonces una autoridad, una importancia que ha perdido en parte desde que los libros, esparcidos por dondequiera, reemplazan hasta cierto punto, la enseñanza oral. En los tiempos en que no existía la imprenta, en que eran escasas las copias manuscritas, el maestro que unía á la ciencia el don de la

palabra era cosa verdaderamente incomparable y de todos los puntos de Europa se acudía para aprovechar sus lecciones. Abelardo es el más brillante de los representantes de la pedagogía escolástica, con tendencia original y personal á la emancipación del espíritu. « Es ridículo, decía, predicar á los demás lo que no se puede hacerles comprender ni comprender uno mismo. » Con más audacia que San Anselmo aplicaba la dialéctica á la teología y procuraba razonar su fé.

Las siete artes liberales. — Las siete artes liberales constituían lo que puede llamarse la enseñanza secundaria de la Edad Media, tal como se daba en las escuelas claustrales ó escuelas de convento y más tarde en las universidades. Las artes liberales se distribuían en dos cursos de estudios, el *trivium* y el *quadrivium*: el *trivium* comprendía la gramática (gramática latina, por supuesto), la dialéctica ó lógica y la retórica; y el *quadrivium*, la música, la aritmética, la geometría y la astronomía. Importa notar que este programa sólo encierra estudios abstractos y *formales*: en él no hay estudios reales y concretos. Las ciencias que nos hacen conocer al hombre y al mundo, la historia, la moral, las ciencias físicas y naturales, se omitían y eran desconocidas, excepto, acaso, en algunos conventos de benedictinos. La Edad Media no se preocupaba de nada de cuanto puede formar verdaderamente al hombre y desarrollar el conjunto de sus facultades; y de tan limitado programa de estudios podían salir hábiles razonadores, argumentadores temibles, pero nunca hombres completos.

Métodos y disciplina. — Los métodos, en las escuelas eclesiásticas de la Edad Media, correspondían al espíritu de una época en que se despreciaban por completo la libertad y la iniciativa individual; en que se pensaba en imponer dogmas, no en formar inteligencias. Los maestros recitaban ó leían sus cuaderños; los alumnos aprendían de memoria, y la disciplina era tirante. Desconfiábase de la naturaleza humana corrompida. En 1363 se prohibía á los estudiantes el uso de los bancos y las sillas, so pretexto de que esos asientos eran demasiado altos para no convertirse en ocasión de orgullo. Para obtener la

obediencia, se usaba y abusaba de los castigos corporales, y el látigo estaba de moda tanto en el siglo quince como en el catorce: « No hay más diferencia, dice un historiador, que la de que los látigos del siglo XV son dos veces más largos que los del siglo XIV (1). » Citemos sin embargo la protesta de San Anselmo, protesta que señalaba el mal sin remediarlo:

« De día y de noche, decía un abate á San Anselmo, no dejamos de pegar á los niños confiados á nuestros cuidados y siempre empeoran. » — Anselmo contestó: « ¡Cómo!... ¡No dejáis de pegarles! Y cuando crecen ¿en qué se convierten? En idiotas y estúpidos. ¡Bonita educación que convierte á los hombres en bestias!... Si plantaras un árbol en tu jardín y lo comprimiras por todas partes, de modo que no pudiera extender sus ramas ¿qué encontrarías cuando lo dejaras en libertad al cabo de algunos años? Un árbol cuyas ramas estarían dobladas y torcidas; y ¿no sería tuya la culpa de haberlo estrechado así inmoderadamente? »

Las Universidades. — Hecha excepción de las escuelas claustrales y catedrales, á las que hay que agregar algunas escuelas parroquiales, primer ensayo de nuestras escuelas de aldea, la única fundación pedagógica de la Edad Media fué lo que se llama las *Universidades*. Por los siglos XIII y XIV se vió multiplicarse en las grandes ciudades de Europa esos centros de estudios, esas agrupaciones de estudiantes, que recuerdan las escuelas de Platón y de Aristóteles. Entre ellos se contaron: la Universidad que se abrió en París para la enseñanza de la teología y de la filosofía (1200), las universidades de Nápoles (1224), de Praga (1345), de Viena (1365), de Heidelberg (1386), etc. Sin estar completamente libres de la tutela sacerdotal, esas universidades fueron el primer desarrollo de la ciencia libre. Ya los Árabes, desde el siglo IX habían dado ejemplo al resto de Europa, fundando en Salamanca, en Córdoba y otras ciudades de España, escuelas en donde se cultivaban todas las ciencias.

Gerson (1363-1429). — Con el tierno Gerson, supuesto autor de la *Imitación*, diríase que desaparece la seca dialéctica para dejar que hable el corazón

(1) Monteil, *Histoire des Français des divers États*.

y hacer lugar al sentimiento. El canciller de la universidad de París se distingue de los hombres de su época por su amor al pueblo. Escribió en lengua vulgar trataditos elementales para uso y al alcance de las *gentes sencillas*. Su libro latino, titulado « *De los niños que deben llevarse á Cristo* », revela gran espíritu de dulzura y bondad, y en él abundan las observaciones finas y delicadas. Gerson, por ejemplo, exige á los maestros paciencia y ternura: « Los niños, dice, se guían mejor con las caricias que con el temor. » Para esas débiles criaturas, teme el contagio del ejemplo: « Ningún ser viviente está tan expuesto como el niño á dejarse corromper por otro. » El niño es para él una planta delicada que hay que proteger cuidadosamente contra toda influencia malsana y en particular contra las lecturas peligrosas, como la de la *Novela de la Rosa*. Gerson condena los castigos corporales y exige de los maestros cariño paternal para sus alumnos:

« Procure ante todo el preceptor, ser un padre para sus discípulos. Que no se encolerice nunca; que sea siempre sencillo en sus enseñanzas y cuente á los niños cosas sanas y agradables..... »

Alma sensible y elevada, Gerson es un precursor de Fenelón (1).

Victoriano de Feltre (1371-1446). — Complace colocar junto á Gerson, á uno de sus contemporáneos italianos, el célebre Victoriano de Feltre, profesor en la Universidad de Padua. Preceptor de los hijos del príncipe de Gonzaga y fundador de una casa de educación en Venecia, Victoriano de Feltre tuvo oportunidad de manifestar sus aptitudes pedagógicas. Con él la educación vuelve á ser lo que era en Grecia: el desarrollo armónico del espíritu y del cuerpo. Los ejercicios corporales, la natación, la equitación y la esgrima honrados de nuevo; un método de enseñanza atractivo y agradable; un esfuerzo constante para distinguir el carácter y las aptitudes de los niños; una preparación concienzuda de cada lección y una vigi-

(1) En su *Tratado de la visita de las diócesis* en 1400, Gerson recomendaba á los obispos que averiguasen si cada parroquia tenía una escuela y que la establecieran donde no la hubiera.

lancia asidua del trabajo de los discípulos : tales son los rasgos principales de la pedagogía de Victoriano de Feltré, pedagogía evidentemente superior á su época, y que merecería estudio más detenido.

Otros pedagogos del fin de la Edad Media. — Si escribiéramos un libro de educación, tendríamos que señalar otros pensadores en los últimos años de la Edad Media, en ese período indeciso y por decirlo así, crepuscular, que sirve de transición entre la noche de la Edad Media y el gran día del Renacimiento. Citemos entre otros, al caballero de la Tour-Landry y á Æneas Sylvius Piccolomini.

El caballero de la Tour-Landry, en la obra que escribió para la educación de sus hijas (1372), apenas se eleva sobre el espíritu de su época. En su concepto, la mujer nació para rezar, para ir á la iglesia, y cita á sus hijas por modelo á una condesa que « todos los días oía tres misas ». Recomienda el ayuno tres veces por semana « para dominar la carne » é impedir « que se alegre demasiado ». La mujer carece de responsabilidad y de dignidad propia; debe obedecer á su marido, á su señor « y cumplir su mandato sea justo ó injusto : si en él hay vicio, está disculpada y queda la censura para su señor. »

Æneas Sylvius, el futuro Papa Pio II, en su opúsculo sobre la *Educación de los niños* (1451), es ya un hombre del Renacimiento, puesto que recomienda con entusiasmo, la lectura y el estudio de la mayor parte de los autores clásicos. Traza además un programa de estudios relativamente amplio : junto á las letras coloca las ciencias, la geometría y la aritmética, « que son necesarias, dice, para ejercitar el espíritu y asegurar la rapidez de las concepciones, » y también la historia y la geografía. Él mismo compuso relaciones históricas acompañadas de cartas. Las desconfanzas de la devoción exagerada no existían ya en un pedagogo que escribía : « Nada hay en el mundo tan precioso ni tan bello, como una inteligencia ilustrada. »

Resumen. — Así era como la Edad Media agonizante se encaminaba poco á poco y por continuos progresos á la emancipación definitiva que iban á consagrar el Renacimiento y la Reforma. Pero por más

esfuerzos que se hagan hoy para rehabilitarla y descubrir en ella la edad de oro de las sociedades modernas, la Edad Media en sí misma no es más que una época nefasta. Algunas virtudes, negativas en su mayor parte; virtudes de obediencia y renunciamento no podrían compensar los defectos reales de esos siglos rudos y bárbaros. Una educación superior reservada para los eclesiásticos ó para los hombres de elevada condición; una instrucción que se reducía á una palabrería sutil que no desarrollaba más que el mecanismo del razonamiento y convertía la inteligencia en esclava de la forma silogística; después de la barbarie de los primeros tiempos una pedantería extravagante que se extraviaba en discusiones superficiales, en distinciones verbales; la educación popular casi nula y limitada á la enseñanza latina del catecismo; y por último, una Iglesia absoluta, soberana, que determinaba para todos, fueran grandes ó pequeños, los límites del pensamiento, de la creencia y de la acción : tal era, desde el punto de vista que nos ocupa, la situación de la Edad Media.

Tiempo era ya de que el Renacimiento viniese á poner en libertad los espíritus; á excitar y revelar la inconsciente necesidad de instrucción y gracias á la fecunda alianza del espíritu cristiano y de las letras profanas, á preparar el advenimiento de la pedagogía moderna.